

Del orgullo a la humildad

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *“¿Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación”* (Daniel 4:3).

Introducción

Dios no sólo es grande, no sólo es el Mayor, Él es infinito. Por lo tanto, no hay modo de describir a Dios por completo, pues la descripción también tendría que ser infinita. Los atributos de Dios son inexplicables. Por ejemplo, ¿cómo alguien podría estar, al mismo tiempo, en todos los lugares del universo? ¿Cómo alguien puede conocer todo lo que existe? ¿Cómo alguien puede conocer todo el futuro, así como todo el pasado? ¿Cómo alguien puede ser eterno? ¿Cómo alguien puede ser infinitamente poderoso? Saber que Dios es así, y que Él es puro amor, y aún más, es capaz de crear cualquier cosa, incluyendo la vida.

Todos los atributos de Dios son excelentes, pero por encima de todos, el más sublime es el amor, Dios es amor (1 Juan 4:16). O sea, debido a que Él es amor, todos sus increíbles atributos están a nuestra disposición.

Una aclaración sobre la palabra “sempiterno”, que está en el versículo para memorizar. Sempiterno es lo que dura o vive para siempre, es continuo, eterno, perenne, infinito. Así se describe al reino de Dios: siempre existió y nunca dejará de existir.

Poco antes de la creación, Lucifer fue volviéndose orgulloso, quiso ser semejante al Altísimo, quería ocupar el trono del Altísimo, o de Dios. Pero aún más precisamente, anhelaba ocupar el lugar del Hijo de Dios, Jesucristo. Para eso debía destronar al Hijo, y con ese objetivo, promovió una sutil campaña en entre los ángeles. El problema del orgullo se extendió rápidamente, y esos ángeles que permanecieron con él fueron afectados, cayendo en una situación irremediable. Afortunadamente, muchos retrocedieron.

Lucifer se volvió orgulloso por su hermosura, por su cargo en el cielo: era el ángel más honrado. Así, quiso ser más, quería que la hermosura de Dios fuera suya. Estaba ambición se la transmitió a todos los seres humanos pecadores. Cualquier cosa puede provocar que nos enorgullecamos. Algunos ejemplos, entre miles de ejemplos: el estatus social, la diplomatura académica, el poder económico, la capacidad de ostentación, la vestimenta que se usa, las zapatillas de marca, el peinado, los tatuajes, ostentar un cuerpo atlético en el caso de los hombres, o hermosa en el caso de las mujeres, y mucho más.

En realidad, no tenemos nada de que enorgullecernos. Dios, que creó el universo, que creó la vida, que sostiene el universo, ¡no es orgulloso de eso! Él es el más Humilde de todos, es el Siervo de todos, pues sustenta a todos. Si lo pensamos bien, ser orgulloso es fácil, ser humilde es muy difícil. Para ser orgulloso alcanza con creerse mejor que otros, y listo. Es una cuestión de pensamiento. Luego se actúa según ese concepto. Pero para ser humilde hay que ser muy inteligente y capaz, pues los humildes siempre están dispuestos a ser, y para servir, hay que tener capacidad. El orgulloso sólo quiere mandar a los demás, y eso es fácil, especialmente si se tiene una herramienta de poder, como un arma. Pero para servir, que es cosa de humildes, hace falta capacidad. ¡Y Dios la tiene!

Debemos aprender a reconocer que todo proviene de Dios. Utilicemos un ejemplo real. Una persona va a parar al hospital por una enfermedad, causada por una bacteria muy resistente, difícil de detectar. Los médicos se esfuerzan, se reúnen, investigan, hacen muchos exámenes, intentando salvar la vida de esa persona. El caso se considera crítico, hay riesgo de vida. Se combate la enfermedad con antibióticos de amplio espectro. Pero la bacteria se va fortaleciendo, y se avizora que finalmente triunfará. Pero a último momento, descubren la bacteria causante de la enfermedad, y pueden combatirla con un antibiótico específico. La bacteria es destruida, y la persona recupera la salud, vuelve a una vida normal.

¿A quién debe atribuirse el logro de la victoria? ¿A los médicos? ¿A la ciencia y la investigación científica? ¿A los laboratorios que producen los medicamentos? ¿Al sistema de análisis que permitió descubrir la bacteria? ¿A quién debemos reconocer como el salvador de esa persona?

¡A todos! Pero, por encima de ellos, a Dios, pues todo el conocimiento, el material utilizado, las drogas aplicadas, todo, en definitiva, proviene de Dios. La ciencia sólo descubrió el conocimiento de lo que Dios puso en las plantas, en los minerales, en todos los lugares. Todo lo que tenemos, lo que somos, y lo que hacemos, proviene de Dios.

Podemos felicitar a los seres humanos que estudiaron, investigaron y descubrieron el conocimiento de Dios. Pero también a Dios, que nos legó ese conocimiento. Sin Él, nada somos, ni existiríamos.

A Nabucodonosor, como a todos los seres humanos, le llevó tiempo descubrir que él no estaba por encima de todo, que él no era el más sabio, ni el más poderoso. En esta lección aprendemos muchas cosas para nuestra vida.

“¿No es esta la gran Babilonia?”

Nabucodonosor tuvo otro sueño. Lo encontramos en Daniel 4. Había un gran árbol que abarcaba todo el mundo, tan alto que alcanzaba el cielo, las partes más altas de la atmósfera. Todos se abastecían de él, los animales, las aves, y los seres humanos, a todos protegía.

Como ya era una costumbre, el rey llamó a sus sabios, menos a Daniel, para que le dieran la interpretación. Nuevamente, no se atrevieron a inventar una interpretación, debido a lo que había sucedido la primera vez. Fracasaron en explicarle el sueño al rey. Cualquier cosa que dijeran, el rey podría desconfiar, y ahí sí la muerte sería inevitable. Podría aparecerse Daniel y desbaratar su versión. Daniel era extremadamente respetado por el rey, y ellos jamás se arriesgarían a inventar una interpretación estando este hombre de Dios en el palacio.

El rey llamó a Daniel, quien escuchó el sueño de Dios, y le hizo saber el significado. Daniel fue prudente, le dijo al rey que sería bueno que el sueño se aplicara a sus enemigos, pero no era halagüeño. El sueño significaba, según Daniel 4, que el árbol simbolizaba al rey Nabucodonosor, majestuoso, poderoso. Pero demasiado orgulloso, arrogante y prepotente, que humillaba y despreciaba al que se le ocurría. Cero en humildad.

Daniel le dijo que el rey debía ponerle fin a esos problemas, pues sino, en un futuro cercano, se convertiría en un animal, como un toro. Viviría fuera del palacio, de noche en un estable, en el día, pastando en el campo. El consejo de Daniel fue dramático, pues sabía cuáles dificultades tendría que enfrentar el rey, durante siete años, y por la vergüenza que debería enfrentar.

Lo interesante es que, al contrario de los reyes de Israel y Judá, Nabucodonosor respetó la interpretación de Daniel. Pudo haber ordenado decapitarlo inmediatamente por sus palabras, tal como lo hicieron los reyes del propio pueblo de Dios. Pero no actuó de ese modo.

Volverse animal es una enfermedad de índole psicológica, de difícil curación, que se denomina licantropía. No hay que confundirla con la zoantropía. En la licantropía el ser humano piensa que es un animal, un lobo, una vaca, u otro animal. Pasa a vivir los hábitos del animal, a veces le crecen pelos. En el caso de Nabucodonosor, hubo una intervención divina, perdió la capacidad del habla, extravió su inteligencia, pasó a mugir, vivir en un estable y comer pasto. Tal vez andaba cubierto por los siervos que cuidaban de él, todavía lo consideraban el rey, y por Daniel sabían que eso abarcaría siete largos años.

Como una señal de Dios, Él es el que pone y quita reyes, Nabucodonosor no fue sustituido. Ni siquiera se levantó un enemigo para dar un golpe de estado o una revolución. Tampoco surgió un reino hostil para aprovecharse de la ocasión, durante un tiempo en Babilonia no hubo rey. Siete años es tiempo suficiente para organizar una rebelión, una revolución, o que alguna otra nación se preparara para someter a Babilonia. Ni los medos ni los persas entraron en acción en ese tiempo. Dios controlaba las cosas, y su profecía se cumplió fielmente.

La transformación tuvo lugar en el momento en el que el rey se paseaba en su palacio, en los jardines colgantes, una de las siete maravillas del mundo antiguo, de la cual hoy sólo restan unas piedras esparcidas, donde no vive gente. Y el rey dijo: "¿No es esta la gran Babilonia, que yo edificué para casa real, con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi magnificencia?" (Daniel 4:30).

A pesar de la advertencia divina, a pesar del consejo de Daniel, el rey no cambió, no se humilló, creyó que era el único responsable de su magnificencia. Pensaba que él había sido quien había logrado todo. Había derribado el Templo de Jehová, y la ciudad de Jerusalén, así como muchas otras. Como Nimrod, se creyó con un poder igual al de Dios, o incluso más. En ese instante, un ángel le transmitió el veredicto, el cual ya conocía por el sueño (Daniel 4:31-33).

La licantropía de Nabucodonosor fue ordenada por Dios. Fue la vía que Dios tuvo que usar para salvar la vida espiritual de ese hombre, y tal vez se haya arrepentido con ese fin. Tal vez sea salvo.

Al cabo de los siete años, el rey despertó de su vida animalesca, y en el mismo instante le apareció la inteligencia, la honra y la soberanía, la capacidad de gobernar, y allí hubo

un cambio, de la arrogancia a la humildad. Para cultivar la humildad, seguramente no necesitemos pastar, tenemos un rito que llamamos “lavamiento de los pies”, el cual Jesús nos dejó con el mismo propósito. Entonces Nabucodonosor, restablecido en el trono por la voluntad de Dios, declaró solemnemente: “Al fin del tiempo yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo y mi razón me fue devuelta, bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre. Su dominio es sempiterno, su reino, por todas las edades. Considerados como nada, aun los habitantes todos de la tierra, él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, no hay quien detenga su mano y diga, ¿qué haces? En el mismo tiempo, mi razón me fue devuelta, la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza y volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas y sus caminos justos, y él puede humillar a los que andan con soberbias” (Daniel 4:34-37).

La advertencia del profeta

Nabucodonosor sirve de ejemplo respecto del cambio de nuestros errores para vivir correctamente. Él tuvo varias experiencias con el Dios de los judíos.

Antes de gobernar, los reyes y los emperadores eran muy bien informados acerca de la historia de su pueblo, así como de los otros. Nabucodonosor seguramente conocía la historia del Éxodo, y de cómo el ejército egipcio había desaparecido en las aguas del Mar Rojo, así como de la travesía por el desierto, así como de la conquista de los reinos cananeos. Tales informaciones siempre fueron consideradas vitales para los mandatarios de las naciones. Sólo por eso, no tenía excusas respecto de cómo actuó con el pueblo de Dios. Para él fue un hecho resonante haber destruido a aquél pueblo que había vencido a otros muchos pueblos, y en muchos casos, de manera sobrenatural. Desde que existen las naciones y la escritura, existieron los sistemas de información para los reyes. En Babilonia eso era mantenido por los magos, los astrólogos, los adivinos a quienes se consideraban sabios.

Se enteró de que al conquistar Judea, y destruir el Templo, había sido profetizado. Por lo tanto, debió saber que había Alguien que estaba por encima de él. Conoció las profecías de Jeremías, y por eso lo protegió.

Tuvo la experiencia de los diez días de los jóvenes alimentándose distinto de lo que él había determinado, y les había ido mejor que los demás. Y no cambió nada de la dieta de aquellos excelentes jóvenes, más promisorios que los demás.

Tuvo la experiencia del examen luego de los tres años de cursado, en el cual él mismo los encontró diez veces más capaces que los otros sabios que lo asistían.

Tuvo la experiencia del sueño de la estatua, que sólo el Dios de los judíos pudo resolver.

Tuvo la experiencia del horno de fuego, quedó tan impresionado que hasta promulgó un decreto a favor del Dios de los hebreos.

¿Qué le faltó? ¿Qué ese Dios se presentara en vivo y en colores delante de él? Como él, todos somos así: duros de corazón.

Los seres humanos, y no sólo Nabucodonosor, somos así. Creemos en lo que no nos conviene, en lo que nos gusta, en lo que nos hace ver mejor ante los demás. La mayoría de nosotros, gusta del poder, la gloria, el prestigio social, la fama, la autoridad, la notoriedad, el predominio, y cosas así. Pero en el Reino de Dios el valor más importante es la humildad. Jesús vino a enseñarnos a ser humildes. Como Hombre y como Dios, es humilde.

Nabucodonosor, como cualquier ser humano, y aún más en el puesto en el cual se encontraba, rey de un poderoso y grande imperio, dueño de enormes riquezas, habitando en el mejor palacio de la época, tal vez muy superior a los mejores palacios actuales, se consideraba merecedor de reconocimiento, como si fuera un dios. A pesar de la vasta experiencia que este hombre había tenido con Dios, no había aprendido nada, creyó ser más inteligente y competente que todos. Al fin y al cabo, ¿no eran inferiores a él todos los demás? ¿No le obedecían? Fue entonces que pronunció esas palabras, por las cuales él mismo se condenó: “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?” (Daniel 4:30).

¿Cuál era la realidad?

Toda la gloria de su palacio y de la ciudad de Babilonia había sido construida por el trabajo esclavo, de personas que no tenían derecho a la vida, a la felicidad, a la libertad. Así, con mano de obra barata, explotando a miles de personas, cualquiera se hace poderoso.

Todo aquello servía para complacer las ambiciones del rey y de sus grandes. Esta gente vivía maravillosamente a costas de la opresión de muchas otras personas, no consideradas dignas de ser personas.

Nabucodonosor, además, les daba crédito a otros dioses que eran nada, le daba mayor importancia a sus sabios, que sólo lo hundían todavía más en sus pecados, pues ellos hacían lo mismo y preferían aquella vida. Daniel fue osado al acusar al rey de que debía detenerse en su explotación de los pobres, su principal pecado. Dios no soporta la explotación de hermanos de creación. Un año después del consejo de Daniel, Dios transformó a Nabucodonosor en un animal, literalmente. Allí estaba el gran rey, pastando en el campo, al lado de las vacas. ¿Era necesario? Para el, sí.

El Altísimo gobierna...

Resumiendo, Nabucodonosor fue un hombre orgulloso. El orgullo puede tener una connotación positiva o negativa, dependiendo del contexto o del sentimiento que representa. Es una expresión peyorativa cuando hace referencia a un sentimiento excesivo de contentamiento que una persona tiene respecto de sí misma, una sobrevaloración exagerada de una misma, por la cual alguien se cree superior a otros, de acuerdo con sus características, cualidades y acciones. Una persona orgullosa demuestra soberbia, arrogancia, pudiendo incluso revelar desprecio a otra persona. El antónimo de *orgullo*, es *humildad*.

El rey de Babilonia triunfaba en todas las guerras y había construido una espléndida capital, tal como mucho antes había hecho Nimrod. No paraba de exhibirse como el mayor en la tierra. Por eso le sobrevino, de un momento a otro, fue atacado por la licantropía.

Esa enfermedad en Nabucodonosor es rara. Se denomina licantropía (del griego *lukos*, lobo, y *anthropos*, hombre). En esta enfermedad, la persona se cree un lobo, oso, o cualquier otro animal. Constituye un raro desorden psiquiátrico en el cual la persona afectada

sufre la ilusión de poderse transformar, o de haberse transformado, en un animal. No hay que confundir con el lobizón, que es pura imaginación popular.

Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor. Luego de doce meses después del sueño del árbol y el consejo de Daniel, cuando se paseaba en el palacio real de Babilonia, se consideró a sí mismo como el único responsable por la gloria que disfrutaba en su vida.

Nabucodonosor revindicó toda la gloria para sí mismo, y no para Dios. Pero el Señor había sido el que lo había escogido y le había entregado un gran reino.

"Pues escrito está: 'Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios', De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí" (Romanos 14:11, 12). Así como Nabucodonosor, rey del imperio enemigo de Dios, que es Babilonia, reconoció la soberanía divina, luego de los mil años de prisión de Satanás, un tiempo bastante más extenso que siete años, también él reconocerá que Dios es justo, así como el único merecedor de adoración.

"Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que lo adoren. Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren" (Juan 4:23, 24).

Alzar los ojos al cielo

En la sección correspondiente al día lunes enumeramos los casos que podrían, o deberían haber convencido a Nabucodonosor acerca de quién realmente tiene el dominio aquí en esta tierra. Pero nada de eso llegó a persuadirlo, por lo menos por algún tiempo. El último evento, muy convincente, había sido la estatua de oro y el horno ardiente, que debió representar algo así como un decreto contra Dios, en el sentido de: "Yo decido sobre el futuro de mi reino". La estatua representaba el propósito de que Babilonia durara para siempre, reemplazando a los demás reinos y en lugar de la piedra divina de la profecía. El rey quiso ser mayor a Dios, y en eso estaba siguiendo los pasos de Lucifer, cuando dijo: "Sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo" (Isaías 14:14). Este Lucifer no es un buen ejemplo a seguir...

Finalmente, Dios le dio una oportunidad más a Nabucodonosor. Es algo muy interesante tener un profeta cerca a quien podamos recurrir en cualquier situación. Y Nabucodonosor contaba un profeta, pero se demoró en entender los mensajes divinos. Tuvo un sueño más, pero esta vez no lo había olvidado. Soñó con un frondoso árbol que cobijaba todo el mundo. En él se amparaban pájaros, animales y gente. Todos vivían de ese árbol, de sus frutos y de su sombra. Este árbol era el rey.

Pero vino un ángel y cortó el árbol, en realidad, lo taló. Sólo quedó el tocón. Así permaneció durante siete años, entonces brotó y se convirtió nuevamente en el mismo árbol de antes.

Dios le dio la interpretación a Daniel, y el profeta quedó preocupado, pero no le escondió la verdad. Le dijo al rey, en forma de advertencia, que deseaba que el significado del sueño se aplicara a los enemigos del rey. O sea que el rey tenía que cambiar algo en su vida pues el Dios que da el poder también lo quita, y a través de ese sueño, le estaba dando una especie de ultimátum. "Debes librarte de tus pecados, porque si no Dios te quitará tu reino durante siete años, y te convertirás en un animal que pasta en el campo.

Si no tomas recaudos para liberarte de tus pecados, eso es lo que te sucederá para que entiendas, de una vez por todas, que por encima de ti está el Dios de los judíos". Esto debió haber hecho que el rey recordara el fracaso de él ante ese Dios en el caso de la estatua de oro y el horno de fuego.

Daniel fue bastante específico con respecto a de dónde había venido toda la riqueza y la gloria de su reino. Había venido del trabajo esclavo, de la explotación de los pobres y de gente humilde, que trabajaba bajo el régimen del azote, para que él y sus grandes vivirían en la riqueza y en la gloria. Entonces Nabucodonosor tendría que haber hecho dos reconocimientos. En primer lugar, a que su poder provenía de Dios, quien se lo había dado para que cumpliera con su misión aquí en la tierra. En segundo lugar, aquellos edificios magníficos estaban allí porque miles de personas habían trabajado duro, fueron explotados, sin recibir el más mínimo elogio y reconocimiento. Trabajaban y moría. Por lo tanto, el rey ya no debía hacerlo más. Así tal vez Dios no cumpliría con lo que le estaba avisando, ciertamente quería evitarle esa humillación al rey.

El rey, una vez más, entendió, y como en los casos anteriores, lo hizo sólo por un tiempo. Un año después ya se había olvidado del sueño, y del consejo recibido. Y allí estaba el rey, elogiándose a sí mismo como el único responsable por el grandioso reino y por aquel estupendo palacio. Entonces, como ya hemos visto, el rey se convirtió en un animal, irreconocible, y su gloria le fue quitada.

¿Qué resta decir acerca de esto? Dios le había dado a Nabucodonosor aquél fabuloso imperio. Ahora se lo estaba quitando, y –por increíble que parezca –nadie se lo quitó a él, ni siquiera sus enemigos más cercanos, ni alguna nación rival aprovechó la oportunidad para hacer guerra contra él. Si el rey se volvió una vaca, habría sido fácil derribarlo, ¿qué reino puede ser gobernado por un animal? Siete años después Dios le devolvió el mismo reino. Y a Nabucodonosor le quedó bien claro que el Dios de Daniel, de los judíos, es quien realmente tiene el poder. Ya lo sabía, pero no había querido admitirlo. El rey aprendió a ser humilde como una vaca.

Entonces Nabucodonosor hizo lo que Satanás hará después de los mil años: admitió que Dios es justo y poderoso, y está por encima de todo. Dijo lo que encontramos escrito en Daniel 4:34, 37. ¿En qué momento Nabucodonosor reconoció que Dios es supremo? Al finalizar los siete años, Dios le otorgó nuevamente su racionalidad. Lo primero que hizo Nabucodonosor fue alzar su vista al cielo para reconocer la soberanía del Dios de Daniel y los judíos. En esto reconocía que se estaba sometiendo a Dios, y a nadie más. Reconoció que había un Dios en el universo, que da el poder o lo quita conforme su voluntad.

¿Hay aquí algún mensaje para nosotros? Por un lado, podemos confiar en Dios, que no permitirá, si lo aceptamos, que perdamos nuestra vida eterna. Por otro lado, Él es supremo en todo, así que no podemos gloriarnos de nuestros pequeños logros aquí, lo que sólo podemos alcanzar con su poder.

Humilde y agradecido

Más vale tarde que nunca, pero, ¡cuidado!, a veces puede ser demasiado tarde. Nabucodonosor aprendió a respetar a Dios como Majestad por encima de él a través de una experiencia que no hubiera sido necesaria en caso de que él se inclinara ante Dios. El Señor, que conoce el futuro, sabía que a ese rey le era posible el arrepentimiento, aunque tuvo dificultades para llegar a él.

Después de despertar de su largo tiempo de irracionalidad, el rey inmediatamente se acordó de Dios y se entregó a Él. No lo pensó dos veces, estaba convencido de lo que tenía que hacer. No titubeó. Podría haber hecho las cosas diferentes. Tal vez ir a hablar primero con Daniel, o pensar mejor sobre lo que debía hacer. Pero no, al instante en que su mente se normalizó, percibió que estaba saliendo de una situación animalesca, que estaba en el pasto, no en el trono, que estaba entre los animales y que había un pastor o un cuidador sobre él, que su majestad no le había pertenecido durante ese tiempo. Recordó en un instante lo que Daniel le había aconsejado. Recordó que, por encima de él estaba el Dios que había entrado en el horno de fuego junto a los tres jóvenes hebreos.

Entonces primero bendijo el nombre del Dios de Daniel, y cuando recuperó su trono, escribió una carta a todos los reinos de su dominio, para que respetaran al único Dios existente. Esa carta fue transcrita por Daniel en el capítulo cuatro de su libro.

¡Piensa en la importancia de este acto de Nabucodonosor! Él, emperador del reino enemigo de Dios –porque Babilonia es la eterna enemiga de Dios, aún hoy– escribió una declaración de humildad delante de Dios, honrándolo y declarando que Él era el único Dios verdadero, el único en ser adorado. Hasta admitió que el hombre es nada delante de Dios, y que aquí nadie tiene de qué vanagloriarse.

Prestemos atención, nuevamente, al hecho de que una declaración así, o al menos parecida, Satanás, el emperador del reino enemigo, la Babilonia espiritual, la hará hacia el final del milenio, afirmando que el castigo que él y sus seguidores recibirán es merecido, porque Dios es justo en todos sus juicios. En ese día, ojalá que estemos del lado de adentro de la Nueva Jerusalén, pensando y hablando del mismo modo, pero salvados. Llegará el día en el cual todos los seres vivos, los que ya vivieron y los resucitados, declararán que Dios es el único ser en recibir adoración, y entonces lo adorarán, unos del lado de adentro de la Nueva Jerusalén, y otros desde el lado de afuera.

Resumen y aplicación del estudio

I. Síntesis de los principales puntos de la lección

1. **Tema transversal** (Enfoque principal, estableciendo –siempre que se pueda– un vínculo con los temas diarios).

“Dios engrandeció a Babilonia para que cumpliera ese propósito. La nación prosperó hasta llegar a una altura de riqueza y poder que desde entonces nunca ha sido igualada, y que en las Escrituras está adecuadamente representada por el símbolo de una ‘cabeza de oro’ (Daniel 2:38).

“Pero el rey no reconoció el poder que lo había encumbrado. Lleno de orgullo, dijo Nabucodonosor: ‘¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?’ (Daniel 4:30).

“En vez de ser protectora de los hombres, Babilonia se convirtió en orgullosa y cruel opresora. Las palabras de la Inspiración, que describen la crueldad y la voracidad de los gobernantes de Israel, revelan el secreto de la caída de Babilonia, y de la de muchos otros reinos que han caído desde que empezó el mundo: ‘Os alimentáis con la leche de las ovejas, os vestís con su lana y degolláis a la engor-

dada, pero no las apacentáis. No fortalecisteis a las débiles ni curasteis a la enferma; no vendasteis la perniquebrada ni volvisteis al redil a la descarriada ni buscasteis a la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia' (Ezequiel 34:3, 4).

"El Atalaya divino pronunció contra el rey de Babilonia la sentencia: '¡A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti' (Daniel 4:31)". ¹

2. **Aplicación contextual y problematización** (aplicaciones posibles hacia temas cristianos actuales, e identificación de problemas que tenemos que enfrentar, así como indicadores para su solución).

"En un momento le fue quitada la razón que Dios le había dado; el juicio que el rey consideraba perfecto, la sabiduría de la cual se enorgullecía, desaparecieron y se vio que el que antes era gobernante poderoso estaba loco. Su mano ya no podía empuñar el cetro. Los mensajes de advertencia habían sido despreciados; y ahora, despojado del poder que su Creador le había dado, y ahuyentado de entre los hombres, Nabucodonosor 'comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se bañaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como de águila, y sus uñas como de aves' (Daniel 4:33).

"Durante siete años, Nabucodonosor fue el asombro de todos sus súbditos; durante siete años fue humillado delante de todo el mundo. Al cabo de ese tiempo, la razón le fue devuelta, y mirando con humildad hacia el Dios del cielo, reconoció en su castigo la intervención de la mano divina. En una proclamación pública, confesó su culpa, y la gran misericordia de Dios al devolverle la razón. Dijo: 'Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi sentido me fue vuelto; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre; porque su señorío es sempiterno, y su reino por todas las edades. Y todos los moradores de la tierra por nada son contados: y en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, hace según su voluntad: ni hay quien estorbe su mano, y le diga: ¿Qué haces?' (Daniel 4:34, 35)". ²

II. Informe profético vinculado con la Lección.

¿Libertad religiosa en 2019? Sí, necesitamos derechos religiosos.

Basta con examinar la línea de tiempo de 2019 en Brasil y el mundo. Eventos nacionales e internacionales son la evidencia de que el Derecho Religioso es, además de una realidad, una verdadera necesidad.

"No es de ahora que pueden leerse en las plataformas digitales sobre casos de violación a la dignidad de la persona humana a través de la persecución religiosa (no citamos a los noticieros televisivos porque hay un consenso respecto de la selectividad de parte de los medios visuales, que sugiera una omisión intencional a los casos de intolerancia religiosa a los cristianos).

"La tiranía contra los cristianos (así como hacia cualquier otro grupo religioso) puede darse de muchas maneras –desde la prohibición del culto en los campus universitarios hasta la represión estatal sobre el acto de profesar la fe, a amenazas de penalidades–.

¹ Elena G. de White, *La educación*, p. 159.

² White, *Profetas y reyes*, pp. 381, 382.

“Cuando un grupo intenta legitimar acciones como una visión distorsionada del estado laico, intentando generar tensiones entre la iglesia y el estado donde no existen, también existe una vejación, que busca limitar el sentimiento religioso a la esfera privada, algo que contraría el modelo brasileño de laicidad colaborativa, único en el mundo.

“Finalizamos 2019 con la certeza que darle autonomía al Derecho Religioso es imprescindible para un buen funcionamiento del Estado democrático de derecho: debemos promover la educación sobre la protección al sentimiento religioso, a saber que es posible oponerse a cualquier tipo de ataque, sea cual fuere la esfera del cual provenga: el poder Ejecutivo, el poder Legislativo, o incluso el poder Judicial”.³

III. Comentario de Elena G. de White

“Los que trabajan en las grandes ciudades deben alcanzar, si fuere posible, a los grandes del mundo, y aun a los dirigentes políticos. ¿Dónde está nuestra fe? Dios me ha presentado el caso de Nabucodonosor. El Señor manifestó su poder para lograr que el rey más poderoso de la tierra lo reconociese como Rey sobre todos los reyes. Obró sobre la mente del orgulloso rey hasta que Nabucodonosor lo reconoció como el ‘Altísimo’, ‘cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades’ (Daniel 4:34)”.⁴

IV. Conclusión

“El que fuera una vez un orgulloso monarca había llegado a ser humilde hijo de Dios; el gobernante tiránico e intolerante, era un rey sabio y compasivo. El que había desafiado al Dios del cielo y blasfemado contra él, reconocía ahora el poder del Altísimo, y procuraba fervorosamente promover el temor de Jehová y la felicidad de sus súbditos. Bajo la reprensión de Aquel que es Rey de reyes y Señor de señores, Nabucodonosor había aprendido por fin la lección que necesitan aprender todos los gobernantes, a saber que la verdadera grandeza consiste en ser verdaderamente buenos. Reconoció a Jehová como el Dios viviente, diciendo: ‘Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdad, y sus caminos juicio; y humillar puede a los que andan con soberbia’ (Daniel 4:37)”.⁵ Algo así es lo que va a suceder más adelante, y seremos nosotros los instrumentos que Dios pretende utilizar.



Prof. Sikberto R. Marks

Traducción:
Rolando Chuquimia

RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©
www.escola-sabatica.com

³ <https://www.gospelprime.com.br/a-liberdade-religiosa-em-2019-sim-precisamos-de-direito-religioso/> [en portugués].

⁴ White; *Carta 132*, 1901; citada en *El evangelismo*, p. 69.

⁵ White; *Profetas y reyes*, p. 382.